



No hay mentiras entre ellos, pero
sí secretos que podrían ponerlo
todo en riesgo.

**MÁS FUERTE QUE
MI VERDAD**

TEAM PLAYERS

CLARA H. VIAL

Porque la verdad está
en todas partes y solo
debemos perder el
miedo y enfrentarla.

Este libro es para los
valientes que desean
descubrirla a toda costa.

PRÓLOGO

Tommy

La vida es una suerte de intrincados pasadizos, algunos secretos, y otros tan evidentes o predecibles que no vale la pena siquiera pensar en los resultados, por eso, estoy jodido.

En mi línea de trabajo, sin embargo, no hay espacio para cometer errores, porque las explicaciones hay que dárselas a todos y, además, a través de un equipo de relaciones públicas.

Haberme convertido en el conductor del programa de deportes más importante del canal siete, catapultó mi carrera como periodista y, ahora, soy considerado una celebridad en el mundo televisivo. Por lo mismo, si deseo conservar mi empleo y mantener la sintonía, debo ser cuidadoso, porque el público fácilmente puede condenarte, a ti y a tu programa, si no haces las cosas de acuerdo con lo esperado, lo que sea que signifique eso.

También, terminar mi relación de poco más de un año con Emily Heart, una de las conductoras de noticias más destacadas del segmento principal, culminó, entre otras cosas, con ella cambiando de canal con tal de no volver a cruzarse conmigo.

Entre nosotros había muchos puntos en común, el más relevante, es el pequeño gran detalle de que es la mejor amiga de la que acababa de convertirse en la prometida de Alex, uno de mis

mejores amigos y eso, ahora, es un gran dolor de cabeza.

Las novedades de nuestra separación, ni siquiera alcanzaron a ser un rumor, porque ella hizo una declaración en su nuevo canal, explicando que se había cambiado por las grandes oportunidades que se le presentaban. A pesar de que no dijo nada sobre lo nuestro, no era necesario ser ingeniero de la *NASA* para sacar conclusiones al respecto.

Las redes sociales estallaron con comentarios, incluso algunos de nuestros colegas opinaron sobre la situación en *Twitter*, haciendo un especial énfasis en la falta de políticas de confraternización del canal y los rumores de otros escándalos, que afortunadamente no tenían nada que ver conmigo, pero que aparecían por todas partes.

Las malas lenguas dijeron que nuestra ruptura se debía a que yo había sido infiel, nada más lejano a la realidad. Lo que nadie especificó, ni sabía, era que teníamos puntos de vista muy diferentes sobre la relación. Las cosas se complicaron porque ella quiso dar un paso en dirección opuesta a lo que yo tenía en mente, comenzó con insinuaciones sobre formalizar lo nuestro, y eso nunca ha estado entre mis planes. Emily tiene muchos atributos, pero aparentemente con el compromiso de Penny y Alex le bajó la fiebre matrimonial.

Para decidir que deseas caminar hacia el altar, tienes que estar: o loco, o muy enamorado, desesperado, esperando un bebé o, todas las anteriores... aunque mi apuesta es por la primera. Frente a eso las opciones son simples, puedes dar un

paso adelante, atrás, o, como en mi caso, hacia el costado.

Después de un mes de la catástrofe mediática, todavía llegaban de relaciones públicas a preguntarme por fotos que eran de mi época en la facultad. «¡Dios mío!».

Los ejecutivos del canal tenían los pelos de punta porque según ellos estábamos perdiendo audiencia por su salida. Yo, además de decir que sí a todo lo que me habían pedido, menos a buscar una alternativa para volver con ella, estaba tranquilo, sabía que mi trabajo no se vería afectado y estaba completamente seguro, de que la persona que llevaran para reemplazarla sería perfecta.

Lo que opinaran los demás podía ser una maldición, aun cuando de verdad no te importara, pero si eran tus amigos, aquellos que con los años se habían convertido en tus hermanos, la situación cambiaba violentamente. No iban a perder la oportunidad para señalarme que era una metida de pata colosal.

Max, Alex, Jonah y yo, nos conocimos a los ocho años, cuando nos convertimos en compañeros en el equipo de Rugby número uno, *The Flyers*. Fuimos campeones por años, con Max como capitán y Alex, Jonah y yo, en la primera línea hasta que salimos de la facultad. Nos dispersamos después de eso, Max se hizo cargo del estudio jurídico de su padre, Alex se convirtió en el coach de *The Flyers* y Jonah era el jefe del departamento de física de la facultad de ingeniería.

El lazo que había entre mis amigos y yo era inquebrantable. Nuestro código interno nos había mantenido unidos por años, en las buenas y en las malas. Nos apoyábamos cada vez que era necesario, y ninguno tenía filtro en decir lo que pensaba y eso podía ser extenuante, sobre todo, si por primera vez en nuestra historia, el que estaba bajo la lupa era yo.

CAPÍTULO 1

Tommy

—¿A qué te has dedicado los últimos tres días que sigues llegando con esas ojeras? —preguntó Maya en la sala de maquillaje.

—He tenido problemas para dormir —respondí terminando de tomar el café que me había entregado uno de los asistentes de producción.

—Claro —dijo y enrolló los ojos antes de volver a tomar la esponja para tapar las ojeras de las que se estaba quejando.

Las visitas a *Jack's*, nuestro bar favorito, se había vuelto mi principal actividad en las últimas semanas al terminar mi programa y se estaba convirtiendo, prácticamente, en mi nuevo hogar. No me emborrachaba, pero sí lograba llegar a mi apartamento suficientemente relajado para ir directo a la cama y caer inconsciente. En los últimos días, me había sentido particularmente nervioso porque estaba a la espera de que anunciaran el nombre del nuevo director de la franja *prime*, y por defecto, de mi programa.

No era bueno para manejar los cambios, nunca lo había sido. Me sentía más cómodo en situaciones controladas y, que llegara otro a reemplazar a Matt, uno de mis grandes mentores, me tenía al borde.

—Te esperan en cinco minutos —dijo Joe, mi asistente, cuando asomó la cabeza en la sala en que me encontraba.

Llevaba uno de mis mejores trajes, procuraba mantenerme a la moda e impecable, el canal hacía cambios frecuentes con *Brioni*, cosa de la que jamás me quejaría y lo demás, solía comprarlo en *Armani* o *Hugo Boss*, eso siempre era una carta segura.

Antes de sentarme en el set y mientras me ajustaban el audífono en el oído, alcancé a divisar al señor Clarke, el director ejecutivo del canal, que miraba su reloj y hablaba con alguien que se encontraba a su derecha.

Como las luces y cámaras estaban en posición, no podía ver más que el apuntador electrónico y algunos de los focos que a veces apuntaban directo a mi rostro, y que ajustaban después de que se daban cuenta de que las luces me rebotaban en la frente.

—Cinco, cuatro... —dijo el asistente de cámara en voz alta y en silencio desde el tres hasta que terminó contando con los dedos, hasta llegar a uno.

Ese día teníamos un espacio de análisis de los últimos juegos de básquetbol, la preparación de los tops tres en el tenis y la pretemporada de Rugby. Nada fuera de lo común, aunque uno de los invitados se extendió más de la cuenta con sus opiniones, y tuve que usar toda mi elocuencia para detener su hemorragia de palabras y así terminar el programa en vivo, con una sonrisa.

Me saqué el micrófono y se lo pasé a uno de los chicos, aún no lograba ver quién más estaba en el estudio.

—Thomas —dijo el señor Clarke—, quiero presentarte a Diane Wilson, ella es la nueva directora general del segmento, prime. Diane, él es Thomas North, nuestra estrella de los deportes.

—Es un placer Diane —dije y estiré la mano para estrechar la suya.

—Thomas, me han hablado mucho de ti, sin duda nos convertiremos en un gran equipo —agregó de una manera tan extraña, que de no ser porque el señor Clarke estaba junto a nosotros, lo habría clasificado como lujuria.

De seguro, estaba tan nervioso que había comenzado a ver cosas donde no las había. Diane Wilson era una de las directoras y productoras ejecutivas más exigentes de la industria, y sabía que los directivos del canal se habían esforzado muchísimo para traerla a hacerse cargo de todos los programas estelares, como el mío y las noticias, entre otros. Que Matt hubiese renunciado, no iba a parar nada, porque el show siempre debe continuar.

—Te esperaremos en mi oficina —dijo el señor Clarke, mientras le abría camino a mi nueva jefa.

Había escuchado maravillas de ella, pero nunca nada sobre su belleza. Era guapísima, rubia y muy alta. Midiendo yo más de un metro noventa, podía distinguir perfectamente a alguien que sobrepasara el metro ochenta. Tenía una sexy melena que le llegaba

hasta poco más abajo del mentón y que destacaba lo largo de su cuello. Una cintura que no debía medir más de sesenta centímetros y unos pechos grandes, que por lo delgada que era, intuía que eran implantes y estaba seguro de que eran copa D. Con la experiencia, había logrado distinguir detalles como esos, y no pude evitar imaginarme lo pesados que se sentirían en mis manos.

Trabajar con la señorita Wilson iba a convertirse en una delicia, estaba seguro.

Cuando entré a la oficina del señor Clarke, se estaban despidiendo.

—Thomas —dijo él— ¿Serías tan amable de mostrarle las instalaciones a Diane? Mañana será su primer día y no queremos que se pierda, ¿no es verdad querida?

—¡Claro! —respondió ella— por ningún motivo. —Caminamos en dirección al ascensor, las oficinas del quinto piso eran exclusivas del directorio y altos ejecutivos del canal, todos los demás, nos distribuíamos desde el cuarto hacia abajo— Me comentó Conrad, perdón, el señor Clarke, que trabajas hace más de un año en este canal —dijo cuando se cerraron las puertas.

—Sí, ha sido una gran experiencia y estoy muy a gusto —respondí en un tono muy profesional, abstrayéndome del placer que me provocaba mirarla.

—Me parece excelente.

Cuando llegamos al cuarto piso, comencé a darle un tour, tenía planificado mostrarle todas las oficinas, desde las esquinas en adelante, aunque si de mí hubiese dependido, habría hecho una escala en la

mía. Como no me quedaba otra, también les presenté a todos los que encontré mientras avanzábamos y fui haciendo introducciones, hasta que llegamos al primer piso.

—Nos veremos mañana Thomas —dijo Diane cuando terminaba de ponerse las gafas de sol.

—Por supuesto, hasta mañana.

Cuando salí de mi oficina, ya eran pasadas las ocho de la noche, estaba seguro de que si llamaba a reunión de emergencia no todos acudirían, pero iba a pedirla de todos modos.

Mensaje al grupo: Equipo

Yo: *Jack's* en una hora.

...

Max: Estoy haciendo dormir a Daniel.

...

Alex: Estoy ocupado.

Jonah: ¿Puede ser otro día?

Yo: Malditos idiotas, los espero en *Jack's* en una hora, Diane Wilson es mi nueva jefa.

Max: Una hora quince.

Alex: En cuarenta.

Jonah: En camino.

Fred, el camarero, me sirvió un *whisky* cuando llegué, mientras esperaba que prepararan nuestra mesa de siempre.

Solo pensar en Diane me ponía nervioso, el flujo sanguíneo se desplazaba de norte a sur, arrasando con cualquier tipo de demostración de buenas costumbres y contención, propias de un hombre adulto.

Jonah llegó primero, nos sentamos, pedimos algo de comer y antes de que llegaran los platos, apareció Alex y poco después Max, que venía con el móvil en la mano. Pedimos lo habitual, *vodka* para Jonah, *whisky* para Max y para mí, y coca cola sin azúcar para Alex.

—Así que Diane Wilson —dijo él.

—Ajá —asentí.

—¿Qué te pareció? —preguntó Max.

—Extraordinariamente hermosa, curvilínea, alta y distinguida... —Podría haber seguido enumerando cualidades, pero me pareció que había aclarado mi punto.

—No seas idiota, ya hiciste el numerito con Emily y no puedes olvidar que Diane será tu jefa, no es lo mismo —aclaró Jonah.

—Solo les dije cómo es, nada más.

—Claro y fuiste supersutil —agregó.

—Ey, ¿he dicho algo sobre acostarme con ella? Por favor, ¿tan mala opinión tienen de mí?

—Sin comentarios —dijo Max.

—Ten cuidado con Wilson —comenzó Alex—, la conocí hace un par de años en una entrevista que me hicieron en el canal once. Estoy seguro de que, si no la hubiese parado, se las habría arreglado para meter una de sus manos bajo mi camiseta.

—¡No seas arrogante! —respondí—. Que hayas salido premiado como mejor jugador ese año, no es

suficiente mérito como para pensar que alguien como Diane pudiera querer algo contigo, no seas ridículo.

—Únicamente cumplo con decírtelo.

—Además —agregué—, ella es... guapísima.

—¿Y? —preguntó Max.

—Y nada, nada... es muy sexy y una mujer así no pasa desapercibida. Si creen que no voy a aprovechar de disfrutar lo que ven mis ojos, son unos idiotas.

—Disfruta, pero no olvides que es tu jefa —insistió Jonah.

—Lo sé, lo sé... pero pienso que están sobre reaccionando, solo estoy hablando de mirar un poco, nada más.

—Y, ¿has sabido a quién traerán para reemplazar a Emily?

—No, aún no lo han anunciado. Ya ha pasado un mes desde que se fue y están desesperados, por lo que supongo que luego tendremos noticias. Lo único que sé es que están negociando y que, aparentemente, todavía no les han aceptado la oferta.

—Al menos Emily ya está trabajando —dijo Jonah.

—Y... ¿Qué sabes tú de Emily? —pregunté.

—Eso nada más, hablamos hace poco, me comentó que ya había comenzado y que saldría al aire la próxima semana.

—No sabía que tú y Emily eran amigos.

—Que hayas terminado con ella, no significa que tengamos que dejar de hablarle —replicó Alex—. No debes olvidar que ella será la madrina de Penny en nuestro matrimonio. Así que, independientemente de lo que haya sucedido entre

ustedes, no es una chica más de la que te puedes olvidar así de fácil, por lo que no podrás ignorarla la próxima vez que la veas.

—Ya les dije, fue ella la que empezó con el cuento de que quería algo más formal y yo no estoy interesado en nada serio. Mi carrera es lo primero, lo segundo y lo tercero. No creo que el matrimonio sea la respuesta para el futuro de todo el mundo, creo que pensar en que hay solo una opción en la vida es como conformarse. Que a ustedes los hayan cazado, no significa que sea una norma para todos, ¿no es verdad Jonah? ... ¿Jonah?

—Claro... claro... —respondió— lo que tú digas.

—No seas así, todos saben que opinas lo mismo que yo, no vale que a estas alturas de la vida te hagas el tonto.

—Eso mismo —agregó él asintiendo con la cabeza pero sin mirarme—. En fin —seguí—, mañana será su primer día.

Cuando entré a mi apartamento dos horas después, estaba muy cansado. Los tres vasos de *whisky* y la ronda de *vodka*, me dejaron un poco mareado. Al menos había tenido la precaución de ir en taxi, mi *Maserati* estaba estacionado en el subterráneo de mi edificio.

Desperté sin resaca y estaba seguro de que Maya no reclamaría por las ojeras. Todo el mundo iba a estar pendiente de lo que hiciera Diane, por lo tanto, las bolsas en los ojos serían la última de mis preocupaciones.

Aparecí diez minutos antes de las nueve, había aprendido de uno de mis amigos, que la

puntualidad era una demostración de respeto, por lo que, por ser el primer día de mi nueva jefa, iba a poner todo de mi parte para que iniciáramos nuestra relación con el pie derecho.

Mi oficina estaba frente al pasillo y a tres puertas de la de Diane, por lo que la vería en cuánto cruzara el corredor. Si bien, conocía su reputación como exigente y exitosa, me era difícil conciliar las cosas. Sabía que podía ser prejuicioso e incluso misógino, no era algo que estuviera dispuesto a decir en voz alta y mucho menos a reconocer a la luz pública, pero no me imaginaba que una mujer tan poderosa como ella, pudiera ser al mismo tiempo tan exuberante. No había nadie en la industria que no hubiese escuchado hablar de ella, pero, como no supe, sino hasta que nos presentaron que sería mi nueva jefa, solo conocí más detalles de su carrera cuando la busqué en *Google*.

A las nueve y cinco oí la campanilla del ascensor e inmediatamente después, el sonido desconocido de tacones, que se acercaban por el pasillo en mi dirección. Las personas tienen formas de caminar que son fáciles de reconocer y ese andar era nuevo para mí, por lo tanto, debía corresponder al de Diane, creía sin temor a equivocarme.

Me acerqué a la puerta y la vi caminar, parecía modelo de pasarela. Me había equivocado en su estatura, llegaba al metro ochenta gracias a los tacones que traía, pero aun así, era muy alta y delgada, su cuerpo fino y delicado la hacían deslizarse por el suelo.

—Buenos días, Thomas —saludó con una sonrisa intensa con sus labios rojos carmesí.

—Buenos días, Diane, bienvenida. ¿Te puedo invitar un café?

—¿Cómo lo tomas?

—¿Perdón?

—¿Cómo tomas el café? —preguntó ella.

—Largo... americano.

—Muy bien, te espero en quince minutos en mi oficina, yo invito.

—Ahí estaré —respondí con mi mejor sonrisa.

¡Guau qué mujer! Era la más sexy que había conocido, se me calentó la sangre al pensar en que iba a estar solo con ella. Tenía un aura que demostraba poder, todo a su alrededor decía sexo, su ropa, el color de su labial, sus tacones, su forma de andar, todo.

Ya me estaba quedando claro lo difícil que sería trabajar con ella, concentrarme en mis tareas habituales y evitar mirar su escote sería un desafío. Esa copa D abundante que tan bien se veía en ese vestido de una pieza, con ese cierre desde el cuello hasta la base de la espalda... y... «¡maldición!».

Exactamente, a los quince minutos estaba a la salida de su oficina, donde su asistente, que era hombre, me dijo que esperara unos minutos antes de hacerme pasar.

—Señorita Wilson, el señor North —dijo por el intercomunicador.

—Que pase por favor.

—Señor North —me dijo el chico.

Me acomodé la corbata, me aclaré la garganta, enderecé los hombros y empoderándome de mi metro noventa y tres, crucé el umbral de la puerta. Casi se me cae la mandíbula cuando la vi parada e inclinada sobre la mesa, con las manos en el escritorio y mirando la pantalla de su ordenador, regalándome la mejor vista de sus destacados pechos.

Si quería mantener mi trabajo, iba a tener que encontrar una manera de evitar el contacto visual o hacerme el ciego.

—George —dijo ella cuando presionó el intercomunicador.

—¿Sí señorita Wilson?

—Los cafés, por favor.

—Por supuesto, enseguida. —Su asistente entró al segundo y dejó en la mesa de centro la bandeja, con dos tazas, dos vasos de agua y un platillo con finos bombones.

Su oficina tenía una de las vistas privilegiadas del edificio. Con ventanas de suelo a cielo, estaba orientada justo frente a los jardines y no a los estacionamientos como la mía. Tenía dos ambientes, la zona donde se encontraba su escritorio y los siales, y la zona donde estaban los sofás, con dos mesas laterales, una de centro y seis pantallas planas sintonizadas, una con nuestro canal en vivo, y los otros con las transmisiones de la competencia.

—He revisado los *ratings* de los últimos sesenta días y en los últimos quince hemos tenido una caída de seis puntos, me imagino que no debo explicarte lo compleja que es la situación. Conrad me puso al tanto del asunto con tu ex colega de trabajo. —Sonrió con

malicia— Y, si bien lo que hagas en tu vida privada es asunto tuyo, los trascendidos han afectado no solo tu programa, sino también la reputación de este canal.

Se me había formado un nudo en la garganta y que no sabía cómo tragar, por lo que me senté, tomé mi café y después de dar dos sorbos, lo dejé sobre la mesa.

Ella se sentó en el sofá opuesto al mío, con un *iPad* en la mano y cruzó sus largas piernas, entregándome el primer plano perfecto de su cuerpo, compartiendo conmigo, esta vez, la forma de sus contorneadas piernas.

—Por lo tanto —continuó despreocupada—, me gustaría saber cuál es tu reflexión al respecto.

—¿Reflexión?

—Claro, no tenemos cómo estar seguros a ciencia cierta de que la baja sintonía tenga directa relación con tu relación fallida con la señorita... ¿Heart?

—Sí, Emily.

—Ella... se fue al canal ¿once? —dijo y miró su *iPad*— En fin, no importa. Como decía, nadie asume que están asociados, pero es tan obvio, debido a que ha bajado también en el noticiero nocturno, que no me importa que no se digan las cosas como son, están directamente relacionados.

—Entiendo.

—Entonces, como te decía, me gustaría conocer tu opinión al respecto.

—La verdad es que es un asunto privado, que, lamentablemente, se nos fue de las manos producto de que ella hizo declaraciones en su nuevo canal. En

lo personal, siento mucho todas las consecuencias que ha traído para nosotros, pero así es la vida Diane.

—Sí, pero cuando se es una figura pública hay roles Thomas, y, aun cuando este conglomerado no contaba con estrictas políticas respecto a la confraternización entre empleados, bastaba tener un poco de sentido común, ¿no te parece?

—Supongo. —Hasta ese minuto, había logrado mantener la calma. ¿Qué otras explicaciones debía darle? Ya me había arrastrado con los ejecutivos, había dado una declaración a la gente de relaciones públicas para que lanzaran un comunicado oficial, había pasado un mes, por lo que ya no era la noticia del día, al menos eso era lo que yo esperaba— Diane, me encantaría encontrar una solución inmediata que resuelva nuestros problemas de *rating*, pero realmente no se me ocurre otra idea que no sea seguir poniendo la cara. Por favor, quiero que entiendas, que no es un problema de disposición de mi parte. Muy por el contrario, estaré encantado de seguir al pie de la letra todas tus sugerencias, sé que nuestra primera preocupación es tener contentos a los publicistas.

—Ahí es dónde estás equivocado Thomas, a consumidores contentos, publicistas felices, no lo olvides. Su objetivo es vender productos de consumo masivo, si estos no se compran no funciona. Tu programa, particularmente por ser de nicho, tiene el valor de entregar una segmentación muy específica para quienes desean vender productos de alto costo.

—Lo sé.

—Me parece excelente que estemos de acuerdo. Estoy diseñando un plan de trabajo con el

área de relaciones públicas, para que asistas a la mayor cantidad de eventos, quiero también que vuelvas a hacer trabajo de campo, por lo que incluiremos cápsulas y en breve otro tema, que tendremos que ver cómo abordar juntos. Es mucho lo que debes corregir.

—Claro.

—Muy bien, ya puedes irte —dijo y se levantó del sofá. Con gracia tomó su taza de café, la que llevó hasta su escritorio. Se sentó y sin volver a mirarme dio por finalizada la reunión.

Salí con la sensación de que me había encogido al menos cinco centímetros, humillado y aun con tareas pendientes para enmendar algo tan simple como una ruptura amorosa.

No sabía con quién estaba más enojado, si conmigo por haber estado tanto tiempo con ella, o con Emily por su exagerada reacción. No recordaba haberle dado indicios sobre la opción de que lo nuestro pudiera ser más que una relación temporal.

A mediodía, harto de todo, quedé en almorzar con Jonah.

Cuando llegué ya me estaba esperando.

—Hola —saludé.

—¿Qué tal tu nueva jefa? —dijo cuando se paró a darme un abrazo y un golpe en la espalda.

—Mmm.

—¿Qué significa eso?

—Nada, ya tiene a todo el mundo trabajando en más acciones para seguir arreglando lo que parece que fue una debacle. Te juro que es como si, de

pronto, me hubiese convertido en el responsable de todos los problemas del canal.

—No seas dramático, no puede ser tan terrible.

—Me gustaría pensar eso, pero, en fin. Supongo que no me queda otra que agachar la cabeza y hacer lo que me digan.

—Ya pasará, te lo aseguro.

—No me voy a quejar por la carga, pero tengo claro que pasaré de trabajar ocho a no menos de catorce horas por día.

—Amigo, llevas suficiente tiempo sentado donde mismo, es una suerte que no hayas engordado. ¿Creías que ya tenías resuelta la vida? Si tu carrera es prioridad, vas a tener que doblarte las mangas de tus carísimas camisas, guardar tus aún más caros gemelos y meter las manos en la tierra. No me vas a decir ahora que se te olvidó como es ensuciarte con barro.

—No seas idiota.

—Solo cumplo con recordarte lo básico.

—Oh Dios, a veces me dan ganas de golpearte —dije con tanta ira, que, en vez de mirarme con seriedad, Jonah estalló en risas.

CAPÍTULO 2

Tommy

Llegué por la mañana y cuando entré en mi oficina, había una carpeta con una nueva agenda. Debía juntarme con la gente del área de producción para planificar las tres salidas a terreno que haríamos a la semana, con el equipo editorial para definir nuevas pautas, y entregar nuevas ideas para el final del día.

Ya lo había dicho, no pensaba quejarme por la carga de trabajo, pero, aunque contaba con Joe, mi asistente, sabía que no daríamos abasto. Necesitaría más manos para manejar todos los temas en forma simultánea.

Aún me molestaban las palabras de Jonah, no me había dormido en los laureles, ni mucho menos, pero era cierto que llevaba tiempo sin trabajar sobre horas y contrapresión. No importaba lo que pasara, no iba a quejarme.

A las seis, recibí una llamada del asistente de Diane, me esperaba en su oficina en diez minutos.

Cogí mi teléfono y marqué uno de los números que tenía en favoritos.

—¡Alex! —dije apenas escuché su voz.

—Hola, ¿qué tal todo con Wilson? —Él solía referirse a casi todo el mundo por su apellido.

—Escúchame, necesito un favor.

—Tú dirás.

—Ya comenzaron con el entrenamiento y los partidos de la pretemporada, ¿verdad?

—Cualquiera diría que no tienes idea de esto, jugaste Rugby por más de quince años, ¿en serio que no te acuerdas?

—Me acuerdo idiota, solo estaba confirmando.

—Sí, ya empezamos, con todas las categorías.

—Necesito ir y hacer una cápsula completa sobre la preparación de todos, especialmente la sub diez y la profesional.

—Cuando quieras, mi casa, es tu casa.

—Idiota. —Oí sus carcajadas del otro lado de la línea— Te avisaré cuándo vayamos, pero será esta semana. ¿Tienes algún problema si estamos varios días y hacemos entrevistas?

—No, mientras no interrumpas los entrenamientos.

—Perfecto, te llamaré, apenas tenga clara la agenda.

Antes de salir de mi oficina, entré en mi baño privado y cerré la puerta. Me mojé la cara, desde el momento en el que el asistente de Diane llamó para decir que ella me esperaba, se me levantó el pulso a mil y no había logrado volver a sentirme en control. Me sentía como si tuviera que ir a presentar un examen final, como cuando estaba en la facultad, con la diferencia de que ahora, en vez de jugarme una asignatura que podía recuperar con otro examen, estaba poniendo en riesgo mi trabajo.

Me arreglé la corbata, ya que, en algún momento del día, me había desabrochado el botón superior de la camisa.

—Buenas tardes, Diane —dije cuando entré a su oficina.

—Thomas —respondió ella. Esa mujer iba a matarme de un infarto, llevaba una falda lápiz azul oscuro, con una sexy abertura que iba desde la mitad del muslo hasta bajo la rodilla y que no disimulaba, en absoluto, la forma de su trasero. La blusa casi del mismo color tampoco ayudaba en el departamento de la discreción, tenía los botones abiertos casi hasta el esternón.

—Por favor, puedes decirme Tommy como los demás.

—Thomas está bien, ese apodo me parece infantil y poco serio. —Nadie, en la vida, me había dicho semejante cosa. Por el contrario, cuando aún jugaba Rugby, Tommy North era mi nombre de estrella, excepto cuando nos tomaban fotos oficiales para el equipo.

—Te llamé porque quería saber qué tienes en mente para la cápsula de esta semana.

—Haremos un seguimiento completo del entrenamiento y preparación de *The Flyers* durante la pretemporada, haciendo un barrido desde la sub diez, que es la categoría de menor edad, hasta la profesional. Con la historia de cómo van pasando de etapa en etapa, de niños a adultos. —Se quedó pensando, tomó un par de notas y me miró.

—Bien. Me parece interesante el concepto de la transición, deberías planificar lo mismo para básquetbol, tenis y fútbol. Con eso cubriremos los requerimientos del mes.

—Excelente —dije con disimulo, por un momento y por la frialdad que había visto en sus ojos, temí que la idea no le hubiera gustado.

—Para fines de esta semana, quiero los nombres de los equipos con los que trabajarás y antes del viernes, tus ideas para el próximo mes. Deseo generar conceptos que sean educativos y a la vez que les den a nuestros auspiciadores, la posibilidad de enfocarse en cosas específicas, segmentando con productos de alto valor.

—Esa era la idea.

—Tengo una reunión a continuación, buen trabajo Thomas. El viernes a las nueve te espero para que discutamos lo que te acabo de pedir.

—Por supuesto —respondí.

Me despachó una vez más, casi sin levantar la vista. Esa mujer me desconcertaba en todos los sentidos, con esa sensualidad que le salía por los poros, junto a esa actitud de mando y seguridad que encontraba atemorizantes y excitantes a la vez. Se estaba convirtiendo en todo un desafío.

Planificamos rápido el trabajo de campo y, cuando llegamos al *Club*, Alex nos recibió y me facilitó todo para hacer las cosas en tiempo récord. Mi equipo y yo logramos hacer las grabaciones en menos de dos días y la edición fue veloz, el segmento saldría al aire el viernes, justo antes de las noticias. Fue un éxito, incluso el señor Clarke bajó al estudio ese día a mirar el programa y aprovechar de ver los indicadores de sintonía. El canal todavía se manejaba en televisión abierta, por lo que la excelencia era lo mínimo para un programa en vivo como el nuestro. Me sentía lleno de adrenalina, llevaba tiempo sin hacer entrevistas fuera del estudio y los resultados habían sido impecables. Entre grabaciones y edición,

alcancé a contactar a los demás equipos y tenía una lista de ideas, para las cápsulas de al menos los próximos seis meses.

Llegué a la oficina de Diane cuando no había nadie más en el piso. Solo la luz de su oficina en la esquina y las del pasillo norte estaban prendidas, a esa hora solo funcionaban la sala de prensa y la de programación que se encontraban en la segunda planta. Golpecé la puerta y con la presión se abrió, estaba encajada. Ella se encontraba descalza sobre uno de los sofás, justo frente al televisor que tenía nuestra señal en vivo.

—Buenas noches, Diane —dije y me aclaré la garganta antes de entrar.

—Felicitaciones Thomas, tu idea ha sido todo un éxito.

—Gracias.

—Creo que un logro tan notable, merece una celebración —Se levantó, abrió el refrigerador que estaba al costado y sacó una botella de Champaña—. ¿Harías los honores? —Abrí la botella que prácticamente no sonó y serví para ambos.

—Por un futuro brillante —dijo alzando la copa.

—Por un futuro brillante —brindé.

Ambos tomamos un trago y ella, después de mirarme con intensidad por minutos que parecieron horas, se sentó nuevamente en el sofá.

—Ven —dijo, señalando con la mano, justo a su lado. Me senté, incómodo, no estaba acostumbrado a que fueran las mujeres las que tuvieran el mando o que me indicaran qué hacer—. Subimos tres puntos durante tu programa respecto de la semana pasada y levantó cuatro para el segmento de noticias.

—Me alegra mucho saberlo, esa era la idea, ¿verdad? —estaba suprimiendo todos mis instintos por ser galante, procuraba mostrarme profesional y despreocupado.

—Por supuesto —dijo ella. Asentía con la cabeza, pero el radio que seguían sus ojos era mucho más amplio. Estábamos muy cerca, el aroma de su dulce e indefinido perfume era intenso y temía que mi maldita inconsciencia me llevara a hacer cosas estúpidas, como, por ejemplo, acercarme más de la cuenta y tratar de besarla—. ¿Tienes claras ya las ideas de lo que quieres que hagamos en los próximos meses?

—Sí, te mandé esta tarde una presentación por correo electrónico. Me imagino que no has tenido ocasión de verla, por lo que será un placer para mí contarte en qué consiste. —La última frase me salió mucho más grave de lo que tenía en mente.

—Por favor, soy toda oídos —dijo y se acercó lo suficiente como para poner su mano libre en mi pecho y jugar con mi corbata.

—Se acercan las olimpiadas y tenemos un equipo sólido de atletas este año. Muchos de ellos asistirán por primera vez, por lo que...

Con una mano desabrochó el botón superior de mi camisa y desarmó el nudo, con la otra me quitó la copa que tenía en las manos y la puso sobre la mesa. Como si fuera un gesto tímido, antes de volver a mirarme a los ojos, se detuvo primero a observar la hebilla de mi cinturón, donde sin ningún decoro posó sus dedos y de abajo hacia arriba trazó un camino ardiente hasta llegar a mi cuello. Estaba seguro de

que, en ese momento, sufría de un serio episodio de fiebre y que deliraba. No podía ser que mi jefa, que llevaba cuatro días en el canal, se me estuviera insinuando de esa manera, si es que a eso se le podía llamar insinuación.

—Diane...

—¿Mmm? —murmuró jugueteando con el botón siguiente, llevaba tres y sus manos parecían tener intenciones de avanzar con rapidez.

—Diane... —insistí, me acaloraba y desaparecían de mi mente el autocontrol y el sentido de autopreservación.

—Ven —no era una pregunta, sino una instrucción. Atontado y estupefacto me quedé inmóvil. Nunca me había sucedido algo así.

Cambió de posición, se sentó a horcajadas sobre mí, y cuando estuvo apoyada en el único lugar donde me era imposible esconder lo excitado que estaba, cruzó los brazos por detrás de mi cuello y me besó.

No perdí segundo y la recibí, gustoso. Terminé de hacer el trabajo por ella levantando su falda hasta la cintura, para encontrarme con la sorpresa de que no usaba tanga. Me hice cargo del cierre de mis pantalones y mi bóxer, haciendo una breve pausa para buscar de mi cartera el último condón que me quedaba y me sumergí en ella, sin pensar en cuán inmensas podían ser sus profundidades.

El encuentro fue breve, pero intenso, Diane Wilson era una diosa. Demandante, ansiosa, exigente y desafiante.

Dos minutos después de un clímax arrollador, se levantó del sofá y la vi caminar hasta el baño privado que había en su oficina. Aproveché de componerme, de envolver el condón en un pañuelo desechable y arreglarme la ropa. Cuando salió, se veía fresca y radiante. Las mejillas un poco más sonrojadas, tal vez, producto de un magnífico orgasmo, pero igual que siempre.

—Thomas, revisaré la presentación y el lunes te daré mis comentarios. Es tarde y debo irme. —dijo recogiendo su bolso *Louis Vuitton*.

—Claro, ¿quieres que te acompañe?

—No. Buenas noches. —Caminó hasta la puerta y se fue. Salió rápidamente de la oficina, dejándome donde mismo. Aún tenía el condón en la mano y me sentía tan perdido que ni siquiera se me ocurrió dónde tirarlo.

Eran más de las diez cuando llegué a mi apartamento, aun preguntándome qué era lo que había pasado. Estaba confundido, me sentía usado, utilizado, pero al mismo tiempo, tan excitado con la situación que era incomprensible. Necesitaba desenmarañar mi línea de pensamiento, por lo que tomé mi teléfono.

Yo: ¿Estás en tu apartamento?

...

Jonah: No.

Yo: ¿Estás ocupado?

Jonah: Sí.

Yo: ¿En una hora en *Jack's*?

Jonah: ¿Se está muriendo alguien?

Yo: Es urgente.

Jonah: ¿Qué hiciste?

Yo: En una hora.

Jonah: No puedo, estoy en una cita.

Yo: ¿Y desde cuándo estás saliendo con alguien?

Jonah: Es nuevo, nos estamos conociendo.

Yo: Eres un idiota, no vayas a caer como los otros.

Jonah: ¿Te estás muriendo o no?

Yo: No.

Jonah: Te llamo mañana.

Maldito imbécil. Seguí.

Yo: En *Jack's* en una hora.

Max: ¿Necesitas un abogado?

Yo: No.

Max: ¿Se está muriendo alguien?

Yo: No.

Max: ¿Hiciste algo grave?

Yo: No.

Max: Estoy haciendo dormir a Daniel, te llamo mañana.

«*Mierda*, para qué se tiene amigos cuando uno los necesita».

Yo: En *Jack's* en una hora.

Alex: ¿Qué hiciste?

Yo: ¿Por qué todos asumen que hice algo?

Alex: Porque eres un idiota.

Yo: Es urgente.

Alex: ¿Te acostaste con Wilson?

Yo: ¿*Jack's* en una hora?

Alex: En media.

Era precisamente por eso por lo que lo había dejado para el final. El orden natural de mis mensajes debería haber sido: Jonah, luego Alex y después Max. No era que tuviera nada malo con el último, pero tenía claro, que primero analizaría los aspectos legales antes de escuchar toda la historia.

Me di una ducha rápida antes de salir, me cambié de ropa y volé. Demoré veintiocho minutos y el maldito de Alex, ya me estaba esperando en el bar. No importaba cómo, era tan obsesivo con la puntualidad que, aun para las emergencias llegaba a tiempo o minutos antes, era increíble.

Me senté a su lado y Fred me sirvió lo de siempre. Alex tomaba coca cola sin azúcar, había dejado de beber alcohol meses atrás, producto de algunos problemas que tuvo por exceso de consumo.

—Muy bien idiota, comienza por el principio.

—A veces puedes ser un verdadero hijo de *puta*.

—dije y él sonrió con una mueca torcida.

—Lo sé, pero esa no es la razón por la que me llamaste.

Le conté, no los detalles, por ningún motivo, no era de los que besaban para después contar, un caballero no tiene memoria y eso era el código de honor. Pero la situación, el hecho de que hubiese sido ella la que se me insinuó y la que tomó la iniciativa. Sabía que había sido yo el que cerró el

trato, pero además de eso, no tenía ni idea de qué hacer a continuación.

—¿Y qué te dijo al final? —preguntó.

—Que revisaría mi propuesta y me daría sus comentarios el lunes.

—Mmm.

—Mmm, ¿qué?

—Estoy pensando. Hace un par de años, y esto te lo dije, en una entrevista que me hicieron, donde ella era solo la directora del programa, me invitó a celebrar la premiación en su oficina cuando terminamos. Sacó una botella de Champaña y dos copas, me pidió que sirviera y me dijo algo así como... «Por un futuro...» ¡Maldición, no me acuerdo del resto!

—Por un futuro brillante.

—Sí, eso. Después de brindar, la vi ponerse demasiado cómoda en su oficina y no me gustó su actitud, le agradecí lo más gentilmente que pude y me fui.

—Eso es exactamente lo que hizo conmigo. El Champaña, las copas, el brindis... —no podía creerlo— la diferencia está en que tú no te quedaste hasta el final.

—No, porque no soy un caliente y porque tengo sentido común. Ahora... ¿Qué *mierda* vas a hacer?

—¿Por?

—¡Dios! No puedo creer que lo preguntes. Se supone que para eso me llamaste, ¿o no? Para tener alguna idea de qué vas a hacer el lunes cuando la veas de nuevo.

—Es que... no puedo creerlo. Es decir, me sorprendió muchísimo y fue increíble, la mujer es realmente una salvaje.

—Foco Tommy —golpeó la mesa y me obligó a mirarlo.

—Lo siento... El punto es que no se me habría ocurrido que era una come hombres y mucho menos que tenía un *modus operandi*. Aparentemente, le gustan los que son más jóvenes que ella, pero debo decirte, que no parece de la edad que tiene.

—¡Dios! Concéntrate. —Se pasó las manos por la cara y con una de ellas se apretó los ojos—. Da lo mismo su edad o cómo se vea. ¡Es tu jefa idiota! ¿Qué vas a hacer si se te vuelve a tirar encima?

—¿Qué quieres decir?

—¿Sabes? Estoy a punto de dejarte e ir a casa. Créeme que prefiero mil veces sentarme a esperar a que Penny termine con la novela que estaba leyendo, que seguir escuchándote decir estupideces. ¿Se te fundió el cerebro o qué?

—Parezco un idiota —apoyé uno de los codos sobre la mesa y luego me toqué la frente, me sentía con el rostro caliente.

—No, eres un idiota. El punto es que, eres un idiota en problemas.

—Mira, lo veo de la siguiente forma; ella es una mujer libre, yo soy un hombre libre, y; ella es una mujer que busca sexo, y yo puedo darle todo el que quiera.

—Y yo lo veo de la siguiente manera —replicó él—. Vas a terminar acostándote con ella, en todas partes donde te lo exija y lo vas a hacer feliz, hasta que ya no quieras y ahí amigo mío, te vas a ir a la *mierda*.

—¿Por qué crees?

—Porque A, quiera que formalicen su relación en algún punto; B, te acose; o; C te interese otra persona.

—No considero que Diane sea de las mujeres que desee formalizar nada. Por otro lado, no hay acoso si gustoso le entrego lo que ella está buscando. Y, por último, —hasta ese minuto no me había dado cuenta de que estaba contando con los dedos—, no ha nacido todavía la mujer que me haga pensar que podría dejar pasar un trato tan ideal como este.

—Entonces no entiendo, ¿por qué me pediste que viniera a verte con urgencia a las once de la noche un viernes?

—Tienes razón. ¿Tú qué harías en mi lugar?

—No quieres saberlo. —Volvió a apretarse los ojos y por la cara que tenía, sabía que estaba perdiendo la paciencia—. A, no me habría acostado con ella y B, si lo hubiera hecho, buscaría la forma de mantenerme lo más alejado posible. Está en una posición de poder y eso puede poner en riesgo tu trabajo, y, como si eso fuera poco, vienes saliendo de un escándalo por una relación que tuviste con una colega del canal. Aunque no lo creas, Emily dio esa entrevista para evitar que siguieran acosándolos, tanto a ella como a ti. Pero, como sé que no me vas a creer, no te voy a dar más explicaciones.

—¡Esto no tiene nada que ver con Emily!

—Lo sé. Solo quiero que entiendas que no me importa cómo hayan terminado las cosas entre ustedes, ella sigue siendo la mejor amiga de Penny y por lo mismo, espero que lo tengas presente la

próxima vez que la veas. Ojalá que no sea pronto, porque te has puesto más imbécil que antes.

—No sigas repitiéndolo, no soy un canalla.

—Sé que no lo eres, pero desde que terminaron te has comportado como un bastardo y te has acostado con todas las mujeres con que te has cruzado. —Podría haber seguido discutiendo con él, pero se le estaba desfigurando el rostro, en cualquier minuto se pararía y me dejaría hablando solo, o, me daría un golpe en la cara.

CAPÍTULO 3

Tommy

Nos juntábamos en la plaza central todos los sábados, era el punto de inicio de nuestra maratón de la semana.

Jonah estacionó su *Prius* al lado de mi *Maserati* y caminamos en la dirección en que se encontraban Max y Alex, que ya habían comenzado con ejercicios de elongación.

—¿Qué era eso tan urgente de lo que querías hablar anoche y por lo que esperabas que dejara plantada a mi cita? —preguntó Jonah.

—Nada, ya pasó.

Cuando nos acercamos nos saludamos de abrazo y palmada en la espalda como lo hacíamos siempre. Alex hizo un gesto y asintió con la cabeza, con eso sabía que me estaba asegurando que no contaría detalles de nuestra conversación de la noche anterior.

—Y —preguntó Max—. ¿Estuviste a punto de ir a prisión ayer que era todo tan urgente?

—No seas idiota, ¿quieres? —respondí—. No es nada, estoy teniendo problemas para planificar las actividades de los próximos meses, me están pidiendo que haga trabajo de campo, donde el foco sea educativo, y les dé a los auspiciadores la oportunidad de ofrecer productos segmentados de consumo masivo.

—¿Y para eso nos querías? ¿No podías esperar? —insistió Max.

—Lo siento.

—Bueno, señores, es hora de comenzar, tenemos por delante veintiún kilómetros y espero estar en casa antes de almorzar —dijo Alex.

—¿Y tu rodilla? —le preguntó Jonah.

—¡Mejor que nunca! —respondió.

—Entonces, la maratón completa, cuarenta y dos kilómetros —agregué.

—¿En serio? —dijo Max.

—¿Por qué? ¿El trabajo de escritorio y el bebé te quitaron la potencia capitán? —dije grave, estaba molesto. No me gustaba mentirles a mis amigos, pero tampoco quería quedarme con toda esa energía acumulada; además, llevábamos tiempo sin un desafío como ese.

—Muy bien —respondió Max— cuarenta y dos kilómetros o, ¿prefieres más?

—¡Ey! —dijo Alex—. Me encantaría correr cuarenta y cinco si quieren, pero no puedo. El trato que hice con Penny fue veintiuno, si llega a enterarse de que fueron más que eso, se enojará conmigo y alguno de ustedes tendrá que recibirme, porque no pienso dormir en el sofá por una semana.

—Lo siento —dijo Max— veintiuno.

—No diremos nada —dijo Jonah— o, puedes ir a mi apartamento—. Alex puso los ojos en blanco, ajustamos los relojes y comenzamos.

Nuestra maratón de los fines de semana era tradición, desde que estábamos en la facultad y cuando no teníamos partidos que jugar, nos

reuníamos, fijábamos una meta e íbamos por ella. Nadie se había quedado atrás, nunca.

Desde secundaria y hasta que salimos de la facultad, Max fue nuestro capitán en el equipo y luego, nos dispersamos.

Alex, que estudió conmigo, nunca trabajó como periodista, por el contrario, dejó todo para jugar como profesional, se convirtió en titular y en el capitán de *The Flyers* hasta que se lesionó la rodilla gravemente, lo que lo dejó fuera de la cancha. Después de que, quien fue el entrenador por veinte años, regresó a Inglaterra, Alex se hizo cargo como coach y director general. Ambos, Max y Alex, habían sido capitanes del equipo, y aunque fue en diferentes momentos de nuestras vidas, conocían perfectamente lo que se necesitaba y, una de las cosas más importantes, era apoyar a los jugadores hasta que llegaran a la línea.

Cuando volvimos al punto de partida, llegué a la conclusión de que era yo quien se encontraba en peores condiciones. Aun cuando en su minuto fuimos todos deportistas de alto rendimiento, debía reconocer que yo no entrenaba con la misma regularidad que antes.

El último mes había sido extraño, asistiendo a más fiestas de la cuenta y acostándome más tarde de lo habitual. Me quedé atrás en los últimos cinco kilómetros y los demás aprovecharon de burlarse cuando por fin me reuní con ellos.

El lunes, estacioné mi coche donde siempre, antes de bajarme me miré al espejo para estar seguro de que la corbata estaba en su lugar, revisé que tuviera

mis pastillas de menta en el bolsillo y me aventuré a enfrentar lo que me traería ese nuevo día.

—¿Qué tal tu fin de semana? —preguntó mi asistente, que esperaba en la puerta de mi oficina.

—Nada fuera de lo común, ¿el tuyo?

—Mi pequeña dijo sus primeras palabras —sonrió. Joe tenía una bebé de, ¿menos de un año... dos? Ni idea, pero se había tomado tan en serio su rol, que cuando no era trabajo, hablaba solo de ella.

—Me alegro... ¿Y cuál fue?

—Pez.

—¿Pez? —pregunté sin entender por qué podría estar tan emocionado de que, en vez de decir papá, su hija hubiese dicho pez.

—Sí. Fue maravilloso, estábamos jugando con figuras en una de sus alfombras con animales y yo le estaba diciendo el nombre de todos, y...

Mi teléfono sonó y en vez de seguir poniéndole atención, miré la pantalla. Se me apretó el estómago cuando vi quién era.

—Buenos días —respondí al primer ring.

—Buen día, Thomas —dijo Diane—. ¿Cómo está tu agenda hoy? Tengo espacio a las once, me gustaría que nos reuniéramos para discutir la propuesta que me enviaste el viernes.

—Claro, a las once.

—En mi oficina. —No alcancé a despedirme, desconectó la llamada inmediatamente después de que dijo las últimas dos sílabas.

—¿Estás bien? —preguntó Joe—. Tommy, ¿estás bien?

—Oh... sí, claro —mi mente había comenzado a dar vueltas y tenía una sensación extraña en el cuerpo. Se me había calentado la sangre solo con pensar en ir a su oficina, no quería ni saber, cuántas otras partes de mi anatomía claudicarían al estar con ella de nuevo.

—La señorita Wilson le atenderá en un momento, tome asiento, por favor —me dijo su asistente cuando llegué justo a la hora. Esperé y esperé, no fue sino hasta las doce y cuarto, que se abrió la puerta y salió el señor Clarke de su oficina, a quien saludé con la mirada.

—Disculpa por la espera —dijo Diane, sin demostrar en absoluto algún tipo de remordimiento.

—No te preocupes, no hay problema —era una mentira de proporciones, pero ¿qué iba a hacer?

—¿Café? —preguntó.

—Sí, gracias.

—George, por favor.

—Por supuesto, señorita Wilson. —respondió el aludido.

La reunión fue corta, ya que solo aprobó dos de las iniciativas. La mujer era tan ejecutiva, que ni siquiera me miró dos veces cuando proyectó la presentación y destrozó las ocho ideas que habían quedado fuera.

—Bien, el viernes espero que me presentes los nuevos temas. A las ocho y media, cuando termine tu segmento, igual que la semana pasada —asentí, pero no emití sonido alguno. ¿Esperaba ella repetir el numerito? Estaba seguro de que eso era lo que me

había dicho, a buen entendedor pocas palabras, ¿verdad?

Cuando terminó el programa a las ocho y cinco del viernes, me senté en la sala de maquillaje para volver a la normalidad y miré el reloj. Nervioso, no quería llegar tarde, pero tampoco temprano, no quería parecer ansioso y mucho menos desesperado; pero no saber qué podía esperar, me tenía preocupado.

Subí a su oficina y otra vez, solo la de ella tenía la luz prendida.

—Adelante —dijo desde dentro, antes de que yo incluso tocara la puerta.

—Hola —saludé, buscándola. Salió del baño, con el cabello recogido en un moño suelto, y caminó con glamour, hasta el mismo sofá donde había estado sentada en la mañana.

—Antes de comenzar y a pesar de que falta definir los proyectos que vienen, debo felicitarte. La tendencia al alza en el *rating* se ha mantenido, y el anuncio que se hizo esta semana, ha entusiasmado a todo el mundo.

—¿Qué anuncio?

—Sobre que ya han cerrado el contrato con quien se hará cargo del segmento de noticias, ya sabes.

—Oh, claro, eso. —No podía, bajo ninguna circunstancia, dar indicios de que no sabía de quién estaba hablando, no era posible que, trabajando en el canal, no tuviera idea de las decisiones que se tomaban y cómo podían afectarme.

—Dicho eso —continuó—, quería que supieras que lo del viernes pasado fue... muy interesante. Hazme un favor y saca del refrigerador una botella, me gusta una copa de Champaña al terminar la semana, me relaja ¿entiendes?

—Claro —dije sonriendo y robóticamente repetí el mismo ritual. La botella, las copas... Antes de que me diera vuelta para entregarle la suya, oí cuando le puso cerrojo a la puerta.

—Ven. —Se movía como si fuera un felino, parecía pantera, elegante, rápida y precisa.

La sangre se dividió en mi cuerpo, el ochenta por ciento se instaló entre mis piernas y el resto, quedó como reserva.

Tomó su copa y fue al sofá donde se sentó de lado, sugerente, con las piernas en vitrina y los tacones altos de suela roja, de esos que prometían cumplir todo tipo de fantasías.

Me saqué la chaqueta del traje y aflojé el nudo de la corbata, mi dirección crucero estaba fija y avancé los pocos pasos que nos separaban. Esta vez no me sorprendió ver que no llevara tanga, ni tampoco me sentí mareado con el dulzor de su perfume. Levanté su falda y dejé que mis manos se deleitaran.

El movimiento comenzó a hacerse frenético y antes de deslizarme en ella, busqué en mi cartera, pero no encontré nada. «*Mierda*».

—Diane, lo siento... no puedo.

—¿Qué?

—Que no puedo, no tengo protección. —Me moví, no iba a seguir adelante con la aventura.

—No importa —dijo abriendo aún más las piernas— estoy sana y tomo la píldora.

—No se trata de eso, para mí es una norma, jamás lo he hecho y no pienso hacerlo sin un condón.

—Mi escritorio, primer cajón en el cofre que está al fondo. —dijo con la respiración agitada.

—¿Qué?

—Sacá de ahí.

Me levanté a medio vestir, busqué en el lugar que había dicho y tomé dos. Sabía que debía estar preparado, para, si era necesario, no volver a interrumpir el momento.

Intenso, todo lo que tenía que ver con esa mujer era intenso y yo no pensaba desperdiciar nada, iba a disfrutar de cada momento.

No había gente a la vista en el edificio cuando salí. Ella se había ido minutos antes, lo hicimos por separado, debíamos evitar a toda costa cualquier clase de sospechas o rumores. Nadie podía enterarse de lo nuestro, que Diane y yo hubiésemos tenido relaciones, era personal.

Me di una ducha al llegar a casa, me salté el viaje que debería haber hecho al gimnasio, prendí el televisor de la sala, sintonicé *ESPN* y disfruté con el partido de Rugby que emitían.

La maratón del sábado volvió a la rutina, veintiún kilómetros al mismo ritmo, mismo tiempo, mismo lugar y sin discusiones.

—¿Cómo van los preparativos? —preguntó Max a Alex.

—Bien, aunque Penny está descansando mucho en la ayuda de Emily —respondió.

Cuando oí su nombre, pensé que me empezarían a sangrar los oídos. Sabía que debía mantener la distancia y asumir que Emily iba a continuar siendo parte de mi vida, de manera lejana, pero seguiría presente.

—Cass me dijo que iba a unirse al escuadrón. Me parece que la semana pasada, Penny le comentó que estaba teniendo problemas con la lista de invitados. —dijo Max. Hablaban y hablaban, con cada palabra que decían, más lejano me sentía. No era marciano para mí el concepto del matrimonio. Entendía que mis amigos, que siempre fueron difíciles con las mujeres, hayan caído en sus redes; pero yo sabía que eso no era para mí.

—¿Almorzamos? —le pregunté a Jonah mientras buscaba las llaves de mi coche, Max y Alex ya se habían marchado.

—No puedo.

—¿De nuevo?

—De nuevo qué.

—Estás saliendo con alguien, ¿verdad?

—Te lo dije el otro día, nos estamos conociendo.

—Está bien, pero prométeme que no caerás.

—No seas idiota, ¿cómo se te ocurre?

—Promételo —Jonah se rio y puso los ojos en blanco.

—Nos vemos el próximo sábado.

—Nos vemos.

Las últimas dos semanas habían pasado demasiado rápido. Era como si existieran solo los lunes, seguidos por los viernes, y sabía que todo tenía

que ver con Diane. Los viernes eran de intensidad y acción, y los lunes de normalidad. No era un obsesivo, nunca lo había sido y mucho menos si tenía que ver con mujeres, pero me descubría cada día más seguido, preocupado de tener la protección necesaria en mi cartera y atento por si ella me llamaba.

El martes estaba terminando de coordinar con mi equipo la cápsula semanal, que sería sobre básquetbol, cuando el asistente de Diane me llamó y me dijo que ella me esperaba para nuestra reunión en una hora.

Cuando llegué, pasé directo, eran justo las dos de la tarde, el horario en el que todos se iban a almorzar.

—¿Cómo marcha tu día? —preguntó ella desde su escritorio.

—Muy bien, y ¿el tuyo?

—A cada momento mejor —dijo con una sonrisa y luego se mordió los labios.

—Ah, ¿sí? —respondí levantando una ceja, sintiendo que al mismo tiempo se me erguían otras partes del cuerpo, al ver que se había desabrochado la blusa.

—Por supuesto —dijo— se levantó de la silla y caminó hacia mí. Cruzó sus brazos alrededor de mi cuello y besó la comisura de mis labios.

Como era alta, no debía hacer esfuerzos para encontrarme, bastaba con que se inclinara y estábamos casi frente a frente.

La cogí de las caderas y la acerqué a mí, lo que siguió a continuación fue enérgico, vigoroso, potente y profundo.

Esa semana, tuvimos más de seis reuniones privadas, todas en su oficina a puerta cerrada y abastecidas de la infinidad de preservativos que ella guardaba bajo llave, en el primer cajón de su escritorio.

Lo mejor de nuestros encuentros era la eficiencia, hacíamos lo nuestro como era debido, ninguno se contenía, éramos generosos el uno con el otro... ideal. Como nunca teníamos tiempo para hablar, aprovechábamos al máximo los minutos, tras la puerta cerrada y cuando nadie estuviera mirando.

Por instrucciones de Diane, y producto de los problemas de prensa que tuvo el canal con el «escándalo» de mi relación y ruptura con Emily, el departamento legal generó un anexo de contrato para todos, que incluía la famosa cláusula de no confraternización. Acuerdos de confidencialidad que prometían las penas del infierno, y una infinidad de otros incisos. Por razones evidentes, nadie, después de todo eso, se atrevería a desafiar la autoridad, pero Diane era una experta y yo no tan idiota, entre los dos éramos lo suficientemente astutos como para mantener el anonimato y hacer las cosas con seguridad. Ninguno de nosotros estaba dispuesto a arriesgar su carrera, porque meterse en una relación de trabajo con un colega, ahora también era un problema legal.

Después de nuestra «sesión» del viernes nos despedimos y nos separamos antes de que terminaran de apagar las luces del cuarto piso.

Había dejado de ir a *Jack's* durante la semana y dadas las circunstancias, había vuelto a correr diez

kilómetros por las mañanas y por las tardes, y había vuelto a mis rutinas en el gimnasio. Si iba a ser altruista, procuraría estar en forma para desafiar la fuerza de gravedad, y garantizar el estado físico necesario para nuestras maratones privadas. No estaba dispuesto a perder oportunidades por falta de potencia.

Llevaba años dedicado a darle placer a mis «compañeras», que habitualmente disfrutaban de mis atenciones por tiempo limitado y bajo mis reglas. No las llevaba a mi apartamento, no había hecho la excepción ni siquiera con Emily, con quien estuve por casi un año.

El sábado siguiente, sorprendí a mis amigos, los dejé atrás.

—Veo que dejaste de ir de fiesta y volviste a las bases —dijo Alex que, de todos, era el que más entrenaba. Como coach del mejor equipo de Rugby, debía mantenerse más que en forma, era prácticamente una descripción de su cargo, aunque como era un fanático, a veces se le pasaba la mano. Si bien Jonah y yo éramos más altos, se veía igual de grande que nosotros.

—Solo volví a lo mínimo —respondí.

—Eres un idiota —agregó y levantó una ceja, dejándome en claro que tenía sospechas de cuál había sido la motivación que me había llevado de vuelta a las canchas.

No era que hubiese dejado de hacer ejercicio en forma regular, solo había disminuido la frecuencia, pero había vuelto a mis cinco veces por semana. Después de más de quince años como

primera línea en *The Flyers*, estaba acostumbrado a intensas jornadas de entrenamiento y al igual que mis excompañeros de equipo, era adicto a las endorfinas.

Cuando entré el lunes a mi oficina, me encontré con que el señor Clarke, que era el director ejecutivo del canal. Nos había citado a una reunión general.

—Se vienen cambios —dijo mi asistente cuando le pregunté si sabía de qué se trataba—. Supongo que por fin comentarán quién se hará cargo del segmento de noticias. El que está de reemplazo, no ha ayudado mucho a resolver tu catástrofe. Es tan somnífero, que yo creo que, el hecho de que Emily se haya marchado prácticamente no ha afectado el *rating*, lo ha hecho él solo al matar de aburrimiento a los televidentes.

No solo quería reírme, sino que también estaba de acuerdo con él. Sin embargo, y dado el contexto, no podía criticar, después de todo, lo habían agarrado del noticiario de la mañana, que era el que menor audiencia tenía, para llevarlo al segmento estelar. Fue una mala decisión, pero el menos indicado para hacer comentarios era yo.

En los pasillos se hablaba del italiano, que además de ser el conductor había exigido, estar a cargo de la línea editorial. Como yo estaba en deportes, dudaba que afectara mis números, por el contrario, si era tan bueno como decían, apalancaría mis cifras y automáticamente aumentaría mis regalías.

CAPÍTULO 4

Lia

Me miré por última vez al espejo. El día estaba gris y las nubes amenazaban con lluvia torrencial, no era precisamente como había imaginado el que sería mi primer día en el canal. Mi traje celeste era perfecto para mi presentación en «sociedad».

Las negociaciones habían sido duras y habían demorado dos meses, como no tenía apuro ni problemas económicos, no me molestaba esperar, si eso me aseguraba libertad. Mi agente, que llevaba años trabajando conmigo, tenía clarísimas mis prioridades, habíamos superado la preocupación por la cantidad de ceros en los cheques y por lo mismo, me concentraba en buscar un trabajo que me garantizara honestidad y transparencia. Él era experto en manejar a rudos ejecutivos que ofrecían el oro y el moro, a cambio de extensas horas de trabajo y una cara bonita que dijera que sí, a cualquier cosa.

Me sentía más cómoda con que me reconocieran por la excelencia de mi trabajo que por mi apariencia, llevaba dos años detrás de cámaras, a cargo de la producción ejecutiva de varios noticiarios y de su línea editorial.

Mi nombre ya no estaba en boca de todos en lo que a audiencia se refería, pero sabíamos que sería momentáneo. Cuando comencé a leer noticias en Roma, los números llegaron a la cima por primera

vez en ese canal, en años, a la semana de encontrarme al aire.

Cuando me llamaron de *CNN*, comencé primero como corresponsal internacional con base en Italia, luego en París, viajé un par de veces a medio oriente y luego me mudé a Estados Unidos, para el segmento internacional.

Trabajé duro para deshacerme del acento y lo había logrado en tiempo récord. Tenía habilidades para aprender idiomas, italiano, español, inglés y francés, no eran una mala combinación. No había logrado lo mismo con el alemán, pero podía hablar con soltura y sin acento, en cualquiera de las otras lenguas. Exceptuando mi nombre, el único detalle que podía delatarme era lo que decía cuando estaba enojada, no que me avergonzaban mis raíces, pero me parecía que era lo mínimo que podía hacer, si quería desenvolverme con seguridad en otros países.

Practicaba kickboxing tres veces por semana, eso me mantenía alejada de las reminiscencias de mi lengua materna, que salía sin filtro y a borbotones de mi boca, cuando estaba estresada, enojada o alguna mezcla de ese tipo...

Mi cambio de rol en *CNN* fue consecuencia de aquel incidente, en Atlanta y, después de tanto viajar, me convertí en una nómada. La oportunidad que se me había presentado, sin duda, podría llevarme a tener una base central y eso, para mí, no tenía precio, deseaba encontrar un hogar.

Otra razón para dar un paso al costado de las cámaras fue el haberme visto obligada a no decirlo todo al aire. No estaba dispuesta a cruzar la línea de

la verdad y a jugar con la credibilidad, porque al final del día, era un espejo de mí misma.

Como mi agente era un genio, siempre se las había arreglado para que, en todos los contratos, quedara especificado que debían tratarme como a una princesa. Era la única crítica que podía hacerle.

El coche con chofer, la oficina con vista, el camerino exclusivo, la asistente personal, la encargada de vestuario y la tarjeta de crédito de la compañía eran lo que menos me importaba, pero a él le encantaba darle ese sello personal a cada una de sus negociaciones. Yo no era la única que contaba con esos privilegios, todos sus clientes recibíamos ese tipo de regalías como mínimo. Había algunos más exigentes que yo, pero a mí, más que los privilegios, me interesaban la verdad y la libertad de expresión, eso no era negociable.

Cuando se presentó la oportunidad de cambiar de canal, lo primero que hice fue mi tarea. La oferta llegó tan abruptamente, que mi intuición me hizo sospechar que había más que un interés por mis ideas.

No me equivoqué, había sido una estrategia de *marketing* para confundir a la audiencia y de esa manera, desviar la atención de un escándalo amateur. Un noticiero exitoso a la deriva era una mina de oro para los especuladores.

Los titulares duraron semanas y, aunque me parecía válida la opinión pública, tenía la sensación de que la prensa amarilla había llegado demasiado lejos.

Faltó poco para que se hicieran apuestas en programas de farándula, sobre quién llegaría y de

dónde, si habría guerra entre canales, si había más intereses amorosos y otra infinidad de tonterías.

Me divertían las teorías y conjeturas de las redes sociales, habían hecho un listado de todos los candidatos adecuados para el programa, y el rumor que más gracia me hacía, era el del italiano. Alguien había filtrado información sobre «su» nacionalidad y cada vez que veía u oía algo al respecto, debía morderme la lengua.

Por otra parte, los que fueron protagonistas del incidente con el que partió todo, de seguro se arrepentirían toda la vida por lo sucedido, entre adivinanzas y apuestas sobre el noticiario, se mezclaban comentarios que los crucificaban por haber tomado malas decisiones y tener vida. Al final del día, todos tenemos algún secreto que no deseáramos que apareciera a la vista. Quien diga que no los tiene, miente.

Lo único que siempre deseaba con fervor que quedara por contrato, era la garantía de que no trabajaría con mentirosos, sin embargo, era la única cosa que no se podía dejar por escrito. Nadie llevaba una letra escarlata con la M, si así fuera, todo sería mucho más fácil. Lo que sí me entusiasmaba, a cambio de lo que nadie podía asegurar, era que tendría la oportunidad de elegir a mi propio equipo. Y, como me consideraba una buena juez de carácter y nunca dejaba fuera mi intuición, tenía claro qué buscaba en las personas, y cuáles eran los resultados que esperaba. No conocía a nadie ni en el canal ni en la ciudad, pero estaba segura de que remediaría la situación en poco tiempo.

A mis treinta años, no podía quejarme. La vida había sido amable conmigo, había estudiado en una de las mejores universidades de Europa, había viajado mucho como corresponsal internacional, conocía más de la realidad de lo que me habría gustado y eso me hacía sentir orgullosa de mí misma. Me había permitido entender cuál era mi valor y a poner los límites claros donde fuera, en la vida, en el trabajo y, sobre todo, en el amor.

Los hombres no estaban acostumbrados a tratar con mujeres que tuvieran agudeza mental, intuición y determinación.

Llevaba años sin pareja, cada uno de los personajes que se había cruzado en mi camino, había terminado huyendo, se sentían amedrentados por no poder seguirme el ritmo en la conversación, pero sobre todo por ser incapaces de demostrar lealtad, decencia y humildad. Había solo tres cosas que podían llevarme a censurar a alguien, las mentiras, el narcisismo y la soberbia. No me quedaba tolerancia para eso, había cumplido esa cuota, al menos en esta vida. Estaba contenta por el nuevo desafío, volver al set sería divertido, lo único que no me gustaba de estar en pantalla era la exposición a la opinión de los demás, me definía como una persona discreta y deseaba mantener mi vida privada así, privada. A pesar del escrutinio y de las luces, no me importaba dar autógrafos, no me molestaba salir a la calle y que me reconocieran. Lo que me perturbaba era que, como la gente te veía todos los días en su casa, en la pantalla del televisor, sintiera que te conocía y que eso, les daba derecho a decir cualquier cosa.

A pesar de todas las conversaciones que tuve con mi agente, donde él me recomendaba seguir aumentando los ceros y beneficios, llegó un punto en el que me pareció excesivo agregar más números, mi única condición en realidad era mantener mi sello personal... el sentido común.

Después del último toque de labial, y de anudar el pañuelo *Hermès*, que era del mismo color de mi traje, tomé mi bolso y con el paraguas en la mano, bajé el ascensor.

Me esperaba un Cadillac negro y de vidrios oscuros. Cuando levanté la vista, vi que una chica menuda que llevaba sombrero y gafas tenía un letrero con mi nombre.

—Buenos días, señorita Ferrara, mi nombre es Ally y seré su conductora. —dijo y abrió la puerta trasera.

—Un placer Ally, es un gusto conocerte —le dije una vez que ella volvió al asiento del piloto—. Estoy muy contenta de que vayamos a trabajar juntas, pero necesito pedirte por favor.

—¡Claro, lo que usted quiera! —dijo con entusiasmo.

—Que no me abras la puerta, ni me diga, señorita Ferrara. Entre nosotras, soy Lia.

—Está bien Lia. Recuerda que estaré disponible en exclusivo y que lo único que debes hacer es llamarme o enviarme un mensaje de texto, e iré por ti.

—Gracias... Ally, ¿es obligatorio que uses ese sombrero?

—¿Esta cosa horrible? —respondió con una gran sonrisa, cuando me miró por el espejo retrovisor. Me reí. No pude evitar la carcajada.

—Sí, esa cosa horrible.

—Es el uniforme de la empresa, somos externos y solo le prestamos servicios al canal.

—Y ¿existe alguna posibilidad de que dejes de utilizarlo?

—¿El sombrero o el uniforme?

—¿Ambos? —se dio vuelta a mirarme cuando nos detuvimos en un semáforo en rojo.

—No lo sé. Hace solo un mes que estoy trabajando ahí y siempre lo he llevado. En general suelo estar a cargo de varios pasajeros, esta es la primera vez que me asignan ser la chofer exclusiva de alguien. —Sonrió— Es como un ascenso.

—Entonces, ¡felicitaciones por tu ascenso!

—¡Gracias!

—Dime una cosa —pregunté—. Si de ahora en adelante vas a trabajar en exclusividad, me imagino que podríamos pedir que las cosas se hicieran como a mí me gusta. —La sonrisa que había tenido segundos antes se esfumó—. Quiero decir... A mí no me gustan ni los uniformes, ni las etiquetas en las personas y me imaginé que estarías más cómoda sin él.

Su sonrisa volvió a aparecer y esta vez se le veía brillante.

—Tal vez, no es para llevar jeans y camiseta, pero me imagino que podría usar otra cosa —dijo.

—Eso. Si a ti te parece bien, a mí me encantaría.

El resto del viaje fue agradable, Ally era una chica animada y culta, se dedicaba a leer y estudiar mientras esperaba a sus pasajeros, estaba ahorrando para ir a la universidad y era una apasionada por las noticias. Me comentó que una de las cosas que más le gustaba de trabajar para el canal, era que siempre tenía la oportunidad de enterarse o de los eventos, o de los rumores, primero que nadie.

—¿A qué hora paso por ti? —me preguntó cuando llegamos a la puerta.

—¿Te parece bien a las siete?

—Pero Lia, son las ocho cuarenta y cinco. ¿Qué se supone que voy a hacer todo el día? —Pobre, efectivamente, trabajar para mí iba a ser aburrido, al menos por un tiempo. Lo más probable era que durante las próximas semanas estaría inmersa en aprender sobre el canal, la gente, la cultura y definir cómo iba a hacer mi trabajo.

—¿Ally?

—Dime.

—¿Te gustaría ver cómo se hacen las noticias?

—¿Qué?

—Anda, estaciona el coche, sácate la corbata y ese sombrero horripilante. Te mandaré un mensaje, apenas sepa en qué planta del edificio voy a estar y te espero en mi oficina.

—¿De verdad?

—Si quieres...

—No lo sé...

—Debo irme —dije. Los minutos avanzaban y los sentía hacer eco en mi corazón, no iba a llegar ni un segundo tarde.

—Mejor esperaré. —Asentí y la miré fijo cuando se me ocurrió la idea.

—En vez de esperar, anda a tu empresa, averigua lo de los uniformes, ve a casa a ponerte algo cómodo y vuelves cuando sea la hora.

—Está bien, vendré por ti a las cinco, por si me necesitas antes. —Suprimí la necesidad de poner los ojos en blanco y asentí.

Llegué a la recepción y cuando dije mi nombre, la chica que me saludó quedó con la boca abierta.

—¿Señorita Ferrara?

—Sí, Lia Ferrara.

—Oh, claro. ¡Bienvenida! Avisaré de inmediato al señor Clarke. —Su rostro de sorpresa era impresionante. Era increíble lo que podían construir los rumores.

—Gracias. —Sonreí.

Me paseé por la entrada, las ventanas de suelo a cielo del primer piso, llenas de luz natural, generaban espejo en los impecables pisos de mármol. Los muebles de cuero que estaban dispuestos como una sala y un lobby contenían a la gente que iba y venía, y también a aquellos como yo, que esperaban.

No quise sentarme, prefería investigar dónde estaban las puertas, los ascensores, los pasillos y traté de encontrar la salida hacia los estudios que había visto adyacentes cuando bajé del coche.

Ocho cincuenta y cinco. Nada.

—¡Señorita Ferrara! —Me llamó la chica de la recepción—. Señorita Ferrara, el señor Clarke, la espera en el quinto piso.

—Muchas gracias. Disculpa, ¿te puedo hacer una pregunta?

—Por supuesto. —respondió con horror en el rostro.

—¿Cómo te llamas?

—Em... Me llamo Carla.

—Muchas gracias, Carla, que tengas un lindo día. —La vi respirar con alivio y regalarme su mejor sonrisa después de eso. Ser amable no costaba nada y disfrutaba haciéndolo. Me encantaba ver el impacto que generaba en las personas.

Las puertas del ascensor se abrieron en el quinto piso, Conrad Clarke me esperaba.

—¡Lia no sabes el gusto que me da que por fin hayas llegado! ¡Bienvenida!

—Gracias, señor Clarke —le dije y estreché su mano.

—Por favor, dime Conrad.

—Por supuesto, Conrad.

—Ven, vamos a mi despacho, quiero contarte lo que haremos hoy y luego te llevaré a que conozcas el tuyo. He citado a una reunión general para las once y media de la mañana, así que creo que tenemos tiempo para ponernos de acuerdo en cómo quieres que te presente.

Revisé que mi pañuelo estuviera con una de las puntas hacia el lado y caminé con él hasta su oficina, estaba en la esquina oriente del edificio y tenía vista a los jardines, y al centro de la ciudad.

Después de un café, me comentó qué era lo que tenía en mente y cómo esperaba que aportara. Se

sonrió cuando le conté cuál había sido la reacción de la chica que me había recibido. Junto con la firma del contrato, acordaron que no se mencionaría mi nombre hasta que llegara mi primer día, y por el momento, todos pensaban que se trataba del señor Ferrara.

En el cuarto piso se encontraban todos los directores, los productores y aquellos que estaban a cargo de segmentos importantes de la parrilla de programación. En una de las esquinas, una amplia oficina de tres ambientes y baño privado me daba la bienvenida. El escritorio y demás se encontraban en un extremo con una sala de reuniones al costado y en el otro extremo, un salón, dos sofás, mesas laterales y de centro, seis pantallas sintonizadas con diferentes canales y una con nuestra señal en vivo.

La decoración de mi oficina era exquisita, seguía los patrones de lo exigido por mi agente. Por lo que había visto cuando crucé los pasillos, en general las demás oficinas estaban decoradas con un estilo más moderno, lleno de vidrios y metal, cuero y colores opacos. La mía, en cambio, era prácticamente blanca y *vintage*. Muebles de madera tratada y casi todo el mobiliario, en colores beige, pasteles y blancos, me encantaba. La simpleza permitía concentración y casi siempre, me garantizaba buenas ideas.

—Buenos días —oí cuando golpearon la puerta.

—Hola —respondí dándole la bienvenida al recién llegado.

—Mi nombre es Stefano y seré su asistente — dijo y avanzó hasta mí, para estrechar mi mano.

—¿Compatriota?

—Mi padre, soy segunda generación, pero las tradiciones se mantienen en mi familia.

—Es un gusto —agregué— no me cabe ninguna duda de que nos llevaremos excelente. Las tradiciones son importantes y no todo el mundo las entiende. —Sonrió.

—Tengo su agenda disponible y todavía quedan cuarenta y cinco minutos para la reunión general, si le parece, podría contarme qué espera de mí. —Me encantó, adoraba a quienes iban directo al grano y que estaban abiertos a las discusiones o debates.

El tiempo se lo llevó el viento, a las once y veinte, mi asistente y yo, cruzábamos los pasillos para llegar a la segunda planta. Esperaba aprender luego cómo desplazarme de un lugar a otro, no me gustaba depender de nadie.

El salón era un auditorio y sala de conferencias de prensa al mismo tiempo. Había una serie de fotógrafos en primera línea y me habían asignado uno de los asientos más cercanos al escenario.

—Bienvenidos —dijo Conrad Clarke cuando se paró en el podio y ajustó el micrófono—. Como todos saben, hemos demorado más de lo que teníamos contemplado en encontrar a la persona perfecta, para hacerse cargo del segmento de noticias...

En vez de seguir con atención todo lo que decía, miré de un lado a otro, deteniéndome en los rostros de las personas que se encontraban sentadas, escuchando lo que él decía.

Había, de todo, una mezcla cosmopolita, calculaba al menos doscientos espectadores, esperando oír si lo

que anunciaría les afectaría o no, si tendría alguna clase de impacto en su trabajo o incluso, en la dinámica de sus vidas.

Cuando terminé de hacer una nota mental de quiénes me llamaron la atención, volví a concentrarme en él.

—Entonces, quien llega a unirse a la familia del canal siete, es una profesional experimentada, años como conductora en Europa, corresponsal de *CNN* siendo muy joven, para después convertirse en la encargada de las noticias internacionales en ese mismo canal. Es para mí, un placer y un orgullo, presentarles a nuestra nueva integrante, la señorita Lia Ferrara, o como ustedes pensaron... el italiano — terminó con una sonrisa y hubo un eco, seguido de una risa discreta, pero generalizada.

Flashes y fotografías.

Revisé mi pañuelo, me levanté y Conrad Clarke me tomó de las manos, saludando con dos besos al aire, uno en cada mejilla.

—Muchas gracias, Conrad, muchas gracias a todos. Es un verdadero honor para mí estar aquí, en esta, mi nueva casa. Saber que tendré la oportunidad de conocerlos, tal vez no de inmediato —sonrisas generales— les garantizo que tengo buena memoria, — más sonrisas entre el público—, estoy segura de que juntos haremos mucho más que construir un nuevo segmento de noticias en el canal siete.

Luces incandescentes, flashes.

No me extendí en el discurso, procuré hacerlo breve y de paso, mirar frente a frente, a los que me imaginaba serían mis pares. Estaban todos más o

menos en el mismo lugar, o al menos así lo había señalado mi asistente.

Cuando terminé mis palabras, Clarke volvió al escenario, donde nos sacaron más fotografías, a las que se integraron una serie de personas y que suponía me presentarían luego.

El resto del día pasó volando, inmediatamente después de la reunión general, me llevaron a almorzar con los ejecutivos y algunos de los directores del canal. Tres horas de almuerzo me parecieron una exageración, pero sabía que las relaciones públicas y la interacción con mis pares, eran también parte de mi trabajo.

Ese día fue exclusivamente de presentaciones. Le pedí a mi asistente que me acompañara a todas, si hubiera podido le habría pedido que hubiese ido conmigo incluso al almuerzo, pero participó de lo demás, tomando notas y después repasando conmigo con quiénes habíamos estado, y cualquier información que pudiera ser de utilidad.

Recordé a Ally cuando llegaron las siete de la tarde y según mis cálculos, todavía me quedaba para al menos una o dos horas más. Le escribí e informé sobre el cambio de horario y continué leyendo.

Revisé los archivos, las últimas dos semanas del programa al aire y no pude evitar rechinar los dientes, cuando vi y oí un par de barbaridades que me sacaron de cuajo. Apenas se cerró el contrato, comencé con mi tarea, clasificando programas de interés y cualquier otra cosa que me llamara la atención, y que sintiera que debía debatir con la finalidad de levantar las cifras.

Había sido minuciosa y tenía el mapa mental en mi cabeza, solo me faltaba ponerles rostro, voz y negociar con quienes fuera necesario.

Mi asistente preguntó si podía irse cuando ya eran las nueve de la noche y, asintiendo, entré en consciencia del tiempo que había pasado. Doce horas seguidas absorbiendo información no eran suficientes como para que tuviera claro dónde estaba parada, pero eso no obligaba a nadie a quedarse conmigo hasta esa hora.

—Buenos días —saludó Ally al día siguiente. No llevaba uniforme, sino que una simple blusa blanca y pantalones de tela negros. Era tan alegre que me daba lástima que la pobre tuviera que pasar el día esperándome, era una pérdida de tiempo y de energías.

—Buen día. ¡Me encanta tu ropa!

Nos movimos en completo silencio, iba con mi *iPad* en la mano, revisando correos electrónicos que habían inundado mi casilla, y al mismo tiempo un par de cápsulas más.

—Ally —pregunté— ¿qué tan de cerca sigues la programación del canal?

—Mmm... conozco bien algunos segmentos, no todos, pero a veces veo los programas desde mi teléfono.

—Bien, necesito pedirte un favor. Hoy saldré al aire por primera vez y no me desocuparé, sino que, hasta después de las diez y media de la noche, pero... como trabajas solo para mí... —ella levantó una ceja y comenzó a dibujar una sonrisa— quiero que te vayas a casa y veas la programación del día, en vivo. Que

escribas, qué te pareció cada segmento, qué te llamó la atención, etc. Así podré acortar camino y priorizar mi atención. —Ella asentía a cada palabra.

—¿Harías eso por mí?

—Por supuesto, cuenta con ello. —Su sonrisa transmitía entusiasmo y eso me encantaba, estaba segura de que lo único que ella necesitaba era una oportunidad.

—¡Excelente!

CAPÍTULO 5

Tommy

Había asistido a la presentación del «italiano» y quedé de una pieza cuando en vez de ver a un hombre fornido y de mediana edad, que era lo que esperaba, me encontré con la mujer más hermosa que había visto en mi vida.

Morena, con unos ojos verdes tan intensos que parecían brillantes esmeraldas, y que pude distinguir desde el extremo del salón donde me encontraba; de pómulos definidos y unos labios que se veían tan suaves, que, por un momento, me olvidé de todos aquellos que había besado antes, me olvidé de otras pieles y de otras sonrisas. Ella se veía tan perfecta, que no importaba con qué me hubiese encontrado antes en mi vida, nada era comparable.

Su voz era dulce, acogedora, pero al mismo tiempo tan clara, que la habría grabado para tenerla en mi lista de reproducción y escucharla el día entero. Impecable traje de diseñador, perfecto, relleno con sus curvas y ese intachable pañuelo de seda en el cuello que destacaba de manera espectacular, el inicio de esos pechos que, de seguro, eran copa C. ¡Dios! ¡Cómo amaba la copa C, era el tamaño perfecto, el peso perfecto, la forma perfecta! Su nariz recta, terminaba en un triángulo sobre sus labios generosos y definidos, que junto con su rostro en forma de corazón, no hacían otra cosa que destacar sus facciones exóticas. Esos ojos le otorgaban

profundidad a su mirada, esa clase de profundidad en la que lo único que deseaba era perderme para descubrir qué había del otro lado.

Seguí cada una de las palabras que dijo, suspiré con cada inflexión de su voz y me imaginé cosas, cada vez que hizo gestos con las manos y con la boca.

Ese primer momento en que la vi cruzar el auditorio y saludar a todo el mundo, se había convertido en una serie de imágenes en cámara lenta que se reproducían en mi cabeza, aleatoriamente y en cualquier momento del día.

Estaba ansioso de verla al aire, ansioso de buscar alguna excusa para pasar al estudio donde estaría presentando las noticias, ansioso por encontrarme con ella y preguntarle algo, solo para volver a escuchar su voz.

No la vi después de la presentación del lunes y cuando supe cuál era su oficina, me paseé todas las veces que pude, pero; o estaba ocupada con más gente, o con su asistente, o simplemente, me encontraba con una oficina vacía.

No había logrado cruzarme con ella, cada vez que terminaba mi programa, caminaba rápido por los estudios para alcanzar a llegar antes de que cerraran la puerta, se prendiera la luz roja que indicaba que estaban grabando y que, por lo tanto, no tenía nada que hacer ahí y ninguna excusa para entrar.

Diane: Te espero en mi oficina a las ocho y media.

Yo: No puedo esta tarde, debo encontrarme con un amigo.

...

Diane: Te espero en mi oficina a las ocho y media.

Ese día ya había visitado a Diane a las dos de la tarde y no hubo preámbulos, a pesar de haber disfrutado juntos del «almuerzo», era una mujer insaciable. Habíamos ordenado comida tailandesa y después de tragarnos todo en menos de cinco minutos, no hicimos pausa para disfrutar del postre.

Sin que hubiese entrado en la cuenta, se había convertido en un hábito tal y como lo había insinuado, o, mejor dicho, vaticinado el idiota de Alex y ahora, me sentía atrapado. A ella no le importaba si tenía o no cosas que hacer, a menos que fueran sus instrucciones o que tuvieran que ver con el programa.

No quería levantar sospechas, por lo que le pedí a Joe que hablara con el asistente de Lia para colarme en la grabación, y, como él nunca fallaba, lo había logrado. Todavía no tenía claro el pretexto con el que lo había conseguido, pero lo había hecho. El problema ahora era encontrar la forma de anular mi «cita», para dejarme caer en el estudio cinco.

Yo: ¿Te parece a las seis? El programa no inicia hasta las siete, tendremos cuarenta y cinco minutos para hacer lo que quieras.

Diane: Cinco cincuenta y cinco.

Yo: Hecho.

A las cinco cincuenta llegué a su oficina, esperando que los cinco minutos extra, me

compraran tiempo suficiente como para salir, darme una ducha y luego, ir a presentar mi programa.

Me salvó la campana, justo cuando ella iba en el tercer botón de mi camisa, sonó su teléfono, pero no respondió sino hasta que la llamaron por cuarta vez. Puso los ojos en blanco para oír lo que un hombre, con una voz muy grave, le decía por el otro lado de la línea. Miró su reloj, se levantó del sofá y caminó hacia su escritorio hablando muy despacio, entró al baño para seguir con el teléfono y cinco minutos después, y como si yo no hubiese estado con ella, se arregló el vestido y tomó su bolso.

—Continuaremos con esto el lunes —me dijo al oído, antes de salir de su oficina.

Esperé quince minutos, era temprano, la gente todavía circulaba como si fueran las once de la mañana y me sentía acorralado. Dadas las circunstancias temía que el asistente de Diane sospechara de nosotros, pero tenía claro, que moriría antes de confesar. Me parecía que él le tenía, o mucho respeto, o definitivamente miedo.

—Que tengas un buen fin de semana Tommy — escuché por el otro lado de la puerta. Enrollé los ojos y me mordí la lengua, no, *mierda*, él no sospechaba, simplemente lo sabía todo.

En mi oficina tenía un baño privado, un armario donde guardaba desde trajes, camisas, corbatas hasta incluso perfumes. Si bien no contaba con ducha y utilizaba las del gimnasio, más de alguna vez había terminado durmiendo en alguno de los

sofás del estudio y me había visto obligado a cambiarme de ropa, sin moverme del canal.

Bajé con mis cosas al camerino, me di una ducha y después de poner todo de vuelta en su lugar, fui a la sala de maquillaje para continuar con lo que tenía planificado en mi agenda.

El programa fue un éxito, al menos así dijeron cuando alguien comentó los números de *rating*. Sin que nadie sospechara que tenía que movilizarme con rapidez, agradecí a todos, les deseé un buen fin de semana y recibiendo un papel de manos de Joe, sonreí y caminé a pasos agigantados hacia el estudio cinco.

—¡Qué sorpresa tenerte por aquí! —dijo uno de los asistentes de dirección cuando me vio en la entrada y con intenciones de cruzar la puerta, antes de que se prendiera la luz roja.

—¡Hola! —disimulé, lo ubicaba, pero no recordaba su nombre.

—Comenzaremos en cinco minutos, ¿necesitas algo?

—¡Oh, sí! Debo hablar con Lia y me parecía que sería mejor que la esperara aquí, tú sabes. —Era una mentira piadosa pero creíble. Él no tenía cómo enterarse de que aún no lograba encontrar un espacio o excusa para aparecer en su agenda.

—¡Listos! —gritó el jefe de piso.

La vi entrar, con un traje de pantalón y chaqueta verde pastel, que contrastaba con el color de sus ojos. Aún traía puesta la capa de maquillaje y al tiempo que le hacían los últimos retoques, se colocaba un *earplug*, revisaba por última vez su

ordenador y se sentaba derecha, frente al apuntador electrónico.

Me paré atrás, por un momento temí que me enviaran al *switch*, pero como me quedé escondido, no llamé la atención y comenzaron sin notar que me había quedado.

—En cinco, cuatro, tres —decía alguien y luego marcaba el dos y el uno con los dedos.

Se inició la tanda con los clips grabados de las noticias del momento, mientras ella atenta, miraba hacia adelante. La imagen que se veía a través de los monitores era sublime. La cámara la amaba, el reflejo de su cabello, su rostro de porcelana, esos ojos vivos que hacían juego con la pantalla verde en su espalda y esa sonrisa de un millón de dólares, esa sonrisa y esa voz, que habrían hecho el trabajo del flautista de Hamelin.

—Muy buenas noches, soy Lia Ferrara. Hoy, y en las noticias del momento... —El programa que duraba una hora pareció de solo minutos. Hipnotizado, fascinado, asombrado, era una estrella de los pies a la cabeza y brillaba en un cielo al que yo esperaba escalar para tener acceso.

—¡Buen trabajo Lia! —dijo el director a través de los altoparlantes. Se comenzó a desarmar el set, la gente desmontaba aparatos, las cámaras volvían a su sitio, otros se dispersaban, y aún había algunos hablando por teléfono. Ella, por su parte, seguía con los ojos inmersos en la pantalla de su ordenador, mientras se sacaba el micrófono y la caja de sonido que tenía enganchada en la espalda.

—Gracias, nos vemos el lunes, que tengan ¡un excelente fin de semana! —dijo cuando levantó su rostro luminoso, sonriéndole a todos. Era mi momento, no quería exponerme a que nos vieran solos, todo el mundo sabía que no nos conocíamos. Me metí una pastilla de menta en la boca y caminé hacia ella.

—Magnífico programa —dije cuando estuve frente a ella, al otro lado del escritorio del set.

—Muchas gracias... Perdona... no sé tu nombre. —Levantó la vista, sus pestañas oscuras enmarcaban la forma almendrada de sus ojos verdes y me hizo sentir, como si realmente me estuviera mirando.

—Thomas, un placer —me acerqué y estreché su mano. Me habría encantado darle un beso en cada mejilla como lo había hecho Clarke el día que la presenté, pero, era la segunda opción válida.

—Lia.

—No había tenido oportunidad de presentarme, soy...

—Sí, el conductor de la franja de deportes. La rapidez con la que subieron las cifras de tu programa es sorprendente.

—Gracias. —Recuperar esos puntos de *rating* no había sido gratis—. Como decía, no había tenido oportunidad de presentarme y dado que tu programa apalanca el mío y viceversa, quería invitarte un trago, para comentarte algunas de las ideas que creo serían beneficiosas para ambos...

—Mmm, ¿ahora?

—A menos que tengas otros planes —respondí, cruzando los dedos detrás de mi espalda para que aceptara la invitación.

—No, pero... todavía tengo un par de cosas que hacer antes de irme y...

—Puedo acompañarte si quieres y si puedo ser de utilidad, cuenta conmigo. —Lo pensó por minutos, minutos en que lo único que hizo, fue quedarse pegada mirándome fijamente a los ojos, minutos que habría deseado duraran por horas y que me permitieran develar todos sus secretos.

—Está bien, puedes acompañarme, pero creo que sería mejor que programáramos una reunión y viéramos tus ideas la próxima semana. ¿Te parece?

—Por supuesto, pero ya que estamos aquí me encantaría poder ayudar en lo que necesites. Además, es lo mínimo que puedo hacer, después de que no pude participar en el comité de bienvenida al canal. «Eso... no era taaan exacto... no había participado porque recibiríamos a un hombre regordete, no a una belleza exótica. Cuando la vi caminar al escenario, tuve ganas de golpearme contra la muralla por imbécil. Para ser justos, no tenía cómo saberlo... aunque debería haber sido solidario y haberle dado la bienvenida a quien fuera que se integrara a trabajar con nosotros».

—Eres muy amable —dijo con una sonrisa tan brillante, que habría iluminado incluso una noche sin luna.

No supe si nos demoramos mucho en ese concurso de miradas, o si la gente se fue muy rápido.

Le acompañé a su camerino, que era, por lejos, el mejor que había visto desde que comencé en la industria. La vi desplazarse de un lado para otro,

recoger algunos archivos, su *iPad*, su ordenador y me invitó a ir con ella.

Le abrí todas las puertas e incluso me ofrecí para llevar algunas de las cosas que tenía en las manos, pero, sin aceptar, caminamos juntos hacia el cuarto piso y entramos en su oficina, que era una de las más amplias de esa planta, era incluso más grande que la de Diane.

Encendió las luces y los televisores, comenzó a cambiar los canales hasta que sintonizó *CNN* y *Fox News*.

—Quiero escuchar el eco de lo que hemos presentado en el bloque de noticias internacionales, sé que es una exclusiva y por lo mismo quiero saber qué están diciendo los demás. No me gusta enterarme por la prensa de los efectos de nuestra voz. —Se sentó en uno de los sofás y me pasó el mando del televisor que estaba apagado.

—Por favor, sintoniza el canal once.

—Claro —apreté el botón y en superprimer plano, apareció Emily y se me apretó el estómago.

—Ella... es... es tu expareja, ¿no es verdad? —preguntó. No me sorprendía que estuviera al tanto, le habían dado tanta prensa a lo nuestro, que me imaginaba que también podían saberlo en Estambul.

—Sí, es Emily Heart.

—Es muy hermosa —dijo con una sonrisa—. Por favor —dijo, pidiéndome que le devolviera el mando, para subir el volumen.

Ahí estábamos solos, Lia, Emily y yo.

Lia

Me preocupaban las repercusiones, era un clásico, cada vez que se presentaban exclusivas, los canales de la competencia solían completar los espacios en blanco con repeticiones o especulaciones, que raramente tenían que ver con la realidad.

—Thomas, esto llevará más tiempo del que pensé, creo que deberíamos dejar esa invitación para otro día. —dije y, en vez de asentir como esperaba, sonrió y esos ojos oscuros, me regalaron una mirada intensa y penetrante, de esas que pueden paralizar a cualquiera, en cualquier ocasión o momento del día.

Estaba sentado a mi lado y por el rabillo del ojo podía ver su recta y perfecta nariz, que en conjunto con su mandíbula cuadrada y esos labios llenos, podían convertirse en la mejor de mis fantasías.

Sus manos todavía en el mando eran impresionantes, tan grandes que de seguro con solo una podría cubrir toda mi espalda. No era de imaginar cosas, mucho menos con colegas de trabajo, pero su presencia era imposible de ignorar, ese perfume amaderado me producía cosas y me hacía desear estar más cerca de él.

—Por favor, dime, Tommy.

—Muy bien, Tommy. Pero... en serio. Es viernes por la noche, me imagino que...

—No, de verdad, me encantaría ayudarte. Dime qué tengo que hacer y cuenta con ello.

—Está bien —agregué aún con la duda de, si aceptar su invitación o hacer lo que tenía planificado, pero sin darme más vueltas opté por lo último—, puedes ir a buscar tu computador y ayudarme a armar una planilla de titulares.

—Por supuesto, vengo enseguida. —respondió con una mueca que le dibujaba un hoyuelo en la mejilla, tan encantador que parecía hipnotizante y que explicaba perfectamente las cifras de audiencia femenina de su programa. Se dio la vuelta y no pude resistirme, caminaba con la espalda recta, con sus anchos hombros escondidos bajo la chaqueta y era tan alto que podría ser intimidante, pero se movía con una seguridad y desplante que lo hacían dueño del lugar, sobre todo cuando sonreía.

—Así que vienes de *CNN*. —dijo a los quince minutos, levantando la vista de la pantalla de su ordenador, sentado en el sofá del lado.

—Ajá.

—Y fuiste corresponsal internacional. —continuó.

—Veo que hiciste tu tarea. —Lo miré y vi como cambiaba el canal y anotaba el titular siguiente.

—Algo así, cuando el señor Clarke te presentó hizo un pequeño resumen de tu currículum.

—Ah, es verdad, lo había olvidado.

—¿Y por qué volviste a las cámaras?

—La oferta era interesante. —De pronto sentí que nuestra conversación se había convertido en un pequeño y sutil interrogatorio.

—¿Eso es todo?

—Y, ¿qué más? Me importa estar motivada con lo que hago, me gusta disfrutar de mi trabajo y una

buena oferta no es solo una cantidad de ceros a la derecha, es también la posibilidad de hacer las cosas a tu manera. —No fue mi intención ser grosera, pero no estaba acostumbrada a responder tantas preguntas.

—Y, ¿estás haciendo las cosas a tu manera?

—Estoy en proceso. —respondí con una sonrisa que no pude reprimir. Con él me sentía tranquila, pero a la vez nerviosa. Esa mirada sinvergüenza, ese descaro, o simplemente lo que me provocaba, me hacía sentir femenina, como no me había sucedido en mucho tiempo.

—¿Y tú?

—Yo qué —preguntó.

—¿Haces las cosas a tu manera? —Sonrió y se quedó mirándome fijamente, sin pestañear.

—Depende.

—¿Dé?

—De dónde. —respondió y me guiñó el ojo. Sentí que mis latidos habían comenzado a subir el ritmo y no sabía, si era porque moría de ganas de preguntar a qué se refería, o porque había entendido la insinuación que había bajo ese comentario.

—En tu programa —aclaré. No iba a exponerme, no iba a entrar en detalles que tenían el potencial de ponerme aún más nerviosa.

—La mayor parte del tiempo. —Me miró de frente—. A veces, debo seguir las noticias según qué es lo que haya en pauta, como todos, ¿no es así? —respondió.

Asentí.

Tommy era elocuente, agudo y alguien con quien era fácil conversar. Rápido e ingenioso, divertido, y sobre todo dispuesto. Hacía tiempo que no sentía que alguien que no estuviera directamente en una reunión de pautas, me pusiera tanta atención. Deseaba sentir que estaba devolviéndole el favor, es decir, poniéndole la misma atención... pero... esos labios que escondían esa sonrisa brillante, y ese hoyuelo que se le dibujaba en la mejilla, eran magnéticos. Sus ojos penetrantes no dejaban nada sin traspasar.

—Bien, hemos terminado por hoy —habíamos repasado todos los canales y titulares. Le di mi dirección de correo electrónico, para que me enviara el archivo en el que había trabajado, lo consolidaría después.

—¿Estás lista?

—¿Para qué?

—Para ir por ese trago al que te invité originalmente. —Sonrió.

—Verdad, lo siento, lo había olvidado. —Miré el reloj, iban a ser las doce de la noche—. Lo siento, pero no.

—Mañana es sábado.

—Sí, pero es tarde y me quiero ir a casa.

Tommy

Dicen que hay una primera vez para todo y esta sí que había sido una primera vez. Nunca me habían despachado tan rápidamente y mucho menos después de haberme hecho trabajar por ello. «Insólito».

La italianita era más encantadora de lo que me habían dicho, más encantadora de lo que se veía en pantalla y mil veces más encantadora de cómo me la había imaginado.

Su agudeza era sugestiva, su rapidez un desafío y su manera de trabajar, realmente admirable.

Todos los rumores del «italiano» eran verdad, al menos todos los que tenían que ver con su estilo de trabajo y personalidad, jamás podría entender cómo se habían deformado tanto las cosas, como para hablar de un «él», cuando en realidad era un «ella».

La sesión extra de trabajo del viernes me hizo tener excelentes sueños esa noche y me permitió inventar diferentes estrategias mientras disfrutaba del aire frío de nuestra maratón de los sábados.

—Vi que llegó el reemplazo de Emily —dijo Jonah.

—No sé si es su reemplazo propiamente tal. Lia tiene nuevas ideas y un estilo de trabajo muy diferente al de Emily. Y tú, ¿desde cuándo estás tan pendiente de lo que pasa en las noticias? —pregunté masticando la pastilla de menta que tenía en la boca.

—¿Es broma? —agregó Alex —Hay letreros en toda la ciudad y los comerciales están arruinando la programación de *ESPN*. —Hasta antes de conocer a

Lia había estado tan inmerso en mi trabajo, mis «citas» con Diane y en buscarla, que no me había enterado de nada más.

—Excelente periodista tú —dijo Max— ¡Estás superatento a lo que pasa! —La carcajada fue general, con eso, estaba seguro de que los idiotas no pararían de reírse al menos por unos días.

Para el lunes, había diseñado el plan perfecto para tener más tiempo con Lia.

La reunión con Diane funcionó bien, parecía que tenía otras cosas en mente diferentes de concertar un almuerzo conmigo, y eso estaba bien para mí. Cuando hice mi propuesta, pensando que me darían una negativa, me sorprendí cuando uno de los productores decidió que se haría cargo de todos los arreglos, personalmente.

—La sesión será el miércoles a las nueve —dijo Joe antes de irse ese mismo día.

—¿Está todo coordinado?

—Sí.

—Excelente —esperaba haber disimulado mi alegría.

Cuando llegué a las ocho el miércoles, me encontré con la asistente de vestuario, preparando la ropa para la sesión de fotos.

—Buenos días, Tommy —saludó cuando apareció con su *iPad* en la mano.

—¿Qué tal tu fin de semana? —pregunté.

—Excelente. ¿El tuyo?

—Insuperable. —No iba a preguntar sus razones, pero las mías eran simples.

